A. P. Lopes de Mendonça

El último amor

A. P. LOPES DE MENDONÇA

EL ÚLTIMO AMOR

Prólogo: Sérgio Nazar David

Noticia preliminar, traducción y notas: Carlos Alberto Pasero

Editorial Autores de Argentina

Índice

Prólogo

Noticia preliminar

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII - Conclusión

A. P. Lopes de Mendonça
Traducción: Carlos A. Pasero
El último amor. - 1a ed. - Don Torcuato : Autores de Argentina, 2014.
E-Book.

ISBN 978-987-711-093-7

1. Literatura Portuguesa. I. Título
CDD P869

Prólogo:

A. P. LOPES DE MENDONÇA: UN ESCRITOR POLÍTICO

Al surgir en el contexto de las letras portuguesas, A. P. Lopes de Mendonça (1826-1865) encontró un camino ya trazado. Almeida Garrett (1799-1854) y Alexandre Herculano (1810-1877) habían marcado la senda antes, también escogida por Mendonça, que conduciría a una nueva imagen de hombre de letras: la del intelectual comprometido con una literatura de formación, que no fuera un mero pasatiempo de las elites. Garrett notará, a este respecto, que el público lector quería la verdad a través de la novela y del drama, tanto históricos como de temática contemporánea.

A mediados de los años 40 del siglo XIX, la novela y el drama históricos todavía ocupaban la mayor parte da atención del público en Portugal. Lentamente, el foco se orientará hacia los problemas del presente. Recuérdese que Camilo Castelo Branco (1825-1890), Júlio Dinis (1839-1871) y Eça de Queirós (1845-1900) construirán sus obras sobre este pilar.

El autor de "O último amor" ("El último amor") (1849), como escritor de la segunda generación romántica, por mucho tiempo quedó marcado — así lo señalaba la mayor parte de la crítica — por supuestos arrebatos de ultra romanticismo, suspirando por los rincones de los salones, atacado de melancolía, inerte frente a los grandes del siglo. Nada más falso. Mendonça fue un escritor combativo que tomó en sus manos la tarea de escribir una obra de intervención, política, en el sentido amplio de la palabra.

Folletinista del diario *A Revolução de Setembro* ("La Revolución de Setiembre"), durante los años 40, Mendonça fue uno de los protagonistas de la oposición que se organizó en la prensa periódica contra la dictadura de Costa Cabral. También, en los 50, se batió tenazmente contra la Regeneración hasta la muerte de la reina María II, en 1853. Apoyó a los regeneradores — según todo lo indica — apenas en el breve período que va de la muerte de la reina hasta la caída del gobierno de Saldanha (1856), luego de lo cual vuelve a la oposición.

Los años 60, Mendonça los pasó en el manicomio de Rilhafoles. Todos sabemos que en el siglo XIX una persona podía pudrirse en uno de esos establecimientos por un motivo cualquiera, que hoy consideraríamos trivial. Aún resta por investigarse este período (1860-1865) de la vida del autor de "El último amor".

Mendonça también fue un observador perspicaz de la vida cotidiana de Lisboa. Los cafés, los teatros, la literatura, las procesiones, la iluminación a gas, las vías férreas, o bullicio de la Lisboa que se civiliza a costa del sacrificio de tantas vidas humanas, toda esta temática que está en su

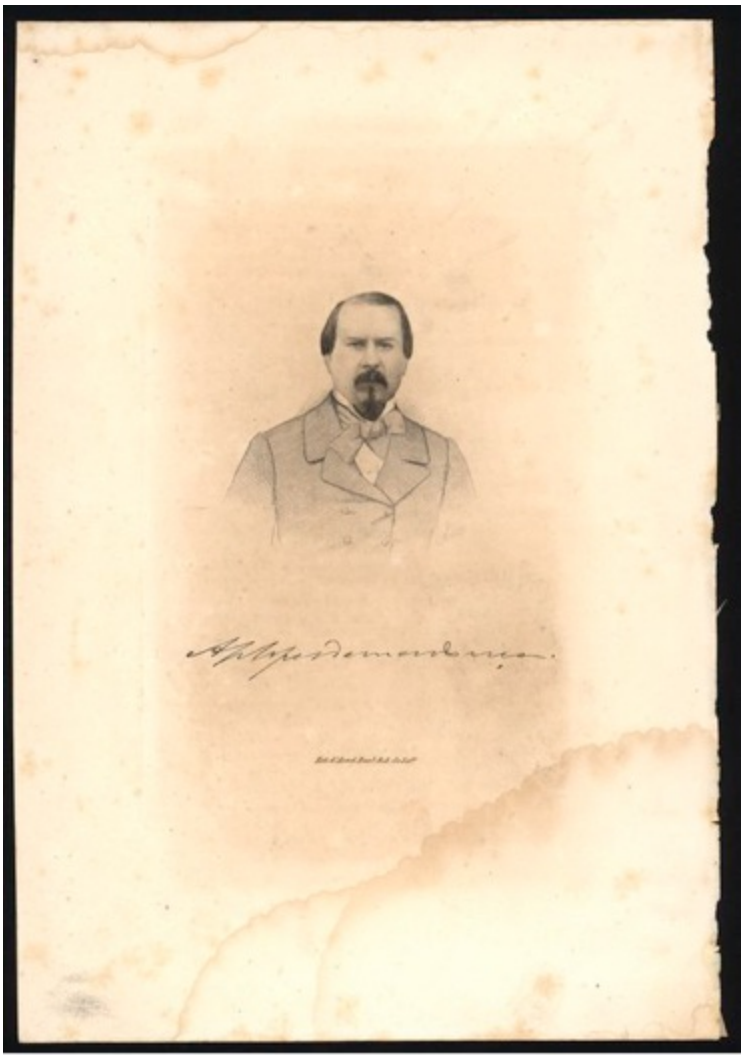
crónica-folletín y también en su narrativa de ficción, nos lleva a concluir que fue un continuador fiel de aquellos que lo precedieron, moldeando de un modo muy particular — más radical y rebelde — el carácter del intelectual atento a las llagas heredadas del Antiguo Régimen, las cuales, a pesar de todo, aún cubrían los usos y costumbres del liberalismo portugués; así como a los nuevos vicios de los que el modelo burgués y constitucional no estuvo exento.

Lopes de Mendonça publicó dos volúmenes de relatos cortos: *Cenas da vida contemporânea* ("Escenas de la vida contemporánea") (1843) y *Cenas e fantasias de nossos tempos* ("Escenas y fantasías de nuestros tiempos") (1860). En ninguno de estos libros se incluyó "El último amor", texto que ahora se da a conocer en español. Esto no significa, necesariamente, que haya sido el juicio estético el que dictaminó su exclusión. Tal vez, el tratamiento tan peculiar dado a los espinosos temas del amor y de la sexualidad en la esfera de la vida conyugal hayan determinado el voto de olvido del folletín en las páginas de la *Revista Universal Lisbonense*.

"El último amor" es una crítica severa a los usos y costumbres en el campo de los afectos de los salones de Lisboa. Eugenia se casa con un hombre mayor, el conde ***. Con el casamiento se cierra el territorio de la sexualidad, y es el proprio marido quien, tácitamente, incentiva el adulterio. Eugenia cae en las garras del león de los salones, el señor L***, lo ama y lo desea sexualmente. Busca en el adulterio lo que no había tenido en el matrimonio. Pero es precisamente aquí que cae nuevamente, víctima no ya de las convenciones sociales que tantas veces determinaban los encuentros, sino ahora por el "deseo brutal" y por la "vanidad pueril" del señor L***, que la corteja "sin afecto y sin pasión".

Todo el romanticismo portugués necesita ser revisado. En esta empresa, ya en curso, será preciso reposicionar la obra de A. P. Lopes Mendonça en relación, sobre todo, con la de Garrett, Herculano y António Feliciano de Castilho. En ese sentido, algunas iniciativas meritorias, poco a poco, van tomando forma y encuentran eco. La presente traducción al español de "El último amor" — que no puede sino saludarse efusivamente — es una de ellas.

Sérgio Nazar David
(UERJ-CNPq)



A. P. Lopes de Mendonça, grabado aparecido en la *Revista Contemporánea*, Tomo V, 1865. (Biblioteca Nacional de Portugal)

Noticia preliminar:

UN RELATO ROMÁNTICO PORTUGUÉS: “EL ÚLTIMO AMOR” DE A. P. LOPES DE MENDONÇA

> **“… si la belleza moral va abandonando poco a poco las regiones de la vida positiva, si los corazones están vacíos, si todo el culto estremece en los altares sociales, sean el pincel y los versos, las prosa y el cincel, sean las almas de los artistas las que no la abandonen a la onda invasora de las pasiones y de los intereses que absorben la civilización moderna.” (A. P. Lopes de Mendonça. “La Dame aux Camélias”. *Memórias de Literatura Contemporânea*, p. 45).**

“El último amor” se publicó por entregas en la *Revista Universal Lisbonense*, del 23 de agosto al 4 de octubre de 1849. Olvidado de la crítica especializada por más de cien años, este relato romántico de temática contemporánea — que presentamos aquí en versión castellana —, redescubierto y reeditado por el crítico y ensayista brasileño Sérgio Nazar David, podría considerarse en buena medida un documento anticipatorio, al abordar una constelación de temas y problemas como el rol de la mujer, el triángulo amoroso, la seducción y el adulterio, característicos de la estética realista posterior.[1]

Su autor, António Pedro Lopes de Mendonça (1826-1865), fue periodista, novelista, teatrista y crítico literario; conjugó la actividad creativa y la intervención política, todo ello dentro de los cánones del Romanticismo social: la observación de costumbres, el análisis de los casos excepcionales, la crítica cultural y la defensa de un socialismo utópico.[2]

El pensamiento y la acción de A. P. Lopes de Mendonça se inscribieron cómodamente en esa corriente política radical, con raíces en el liberalismo combativo de las primeras décadas del siglo XIX, y que posteriormente se transformó, en su caso, en un apoyo menos exaltado al régimen progresista “regenerador” de mediados del siglo, liderado por el General Saldanha.[3]

En cuanto al enredo de “El último amor”, éste puede ubicarse, por lo que se infiere de las menciones intertextuales referidas al ámbito teatral, a mediados de la década de 1830 — momento en el cual la fuerzas de Don Pedro IV ya habían derrotado las pretensiones absolutistas de su hermano D. Miguel y asegurado la vigencia de una constitución liberal. Del desarrollo de la intriga, en ese contexto, resultan sugestivas, en perspectiva histórica, las representaciones sobre la condición subalterna de la mujer y el planteo acerca de su educación social, la vejez anticipada del hombre de mundo, la impotencia, la relativa caducidad de la vida humana — un cuerpo que se deteriora en la

mitad de la vida como consecuencia de enfermedades que quedan entredichas —, el influjo de la opinión pública y la sociedad, los sufrimientos callados y secretos, cierta fisiología retórica de la vida y de la muerte y, sobre todo, las contradicciones entre el deseo de los jóvenes y las imposiciones sociales…[4]

El relato desmiente en buena medida las expectativas que la estética romántica había forjado en torno del Ideal y las efusiones sinceras del sentimiento idílico, al mostrar un tema más próximo del desengaño, la decadencia y el fingimiento; lo que lo acerca, como decíamos, genealógicamente, a las vertientes críticas y sociales del realismo posterior. En el caso concreto del contexto literario portugués, desde el punto de vista del género, el texto anticipa, como bien lo ha señalado el Profesor David, los tópicos fundamentales de la novela realista de adulterio, encarnada ejemplarmente en la historia ya clásica de Eça de Queirós (1845-1900), *El primo Basilio* (1878).[5] Lo cual, por cierto, no puede sorprendernos, dadas las profundas continuidades culturales entre el romanticismo social y la estética realista.

Un documento inicial de cierta vertiente ficcional del Portugal decimonónico suscita, sin duda, un interés particular por su temática y sus proyecciones, no sólo en el contexto de los estudios sobre literaturas de expresión portuguesa, sino en el más amplio marco de los análisis sobre aquella estética, su difusión y sus configuraciones locales en el contexto de la cultura occidental.

Para la traducción, hemos procurado en lo posible respetar la puntuación del original portugués, aún cuando la castellana es menos rígida en su uso; en ese entendimiento, procedimos a efectuar, sin embargo, las adaptaciones que creímos convenientes. Los términos en otras lenguas se mantienen y, como en el original, van en letra cursiva. A pie de página, consignamos algunas referencias históricas y culturales.

Carlos Alberto Pasero
FFYL - UBA / ISP Dr. JVG
E-mail: cpasero@filo.uba.ar

Bibliografía

- Abreu, M. F. (2000). “El Romanticismo”. Gavilanes , J. L.; Apolinário, A. (Eds.). *Historia de la literatura portuguesa*. Madrid: Cátedra. pp. 383-423.
- Ciplijauskaité, Biruté (1984). *La mujer insatisfecha: el adulterio en la novela realista*. Barcelona: Edasa.
- David, Sérgio Nazar (2006). “Paixão e revolução na obra de A. P. Lopes de Mendonça”. *Diacrítica* 20, 3, pp. 363-88.
- David, Sérgio Nazar (2007). “A. P. Lopes de Mendonça e o jornal A Revolução de Setembro”. Neves, Lúcia M. B. P.; Oliveira, Paulo Motta; David, Sérgio Nazar; Ferreira, Tânia M. T. Bessone da C.. (Org.). *Literatura, história e política em Portugal (1820-1856)*. Rio de

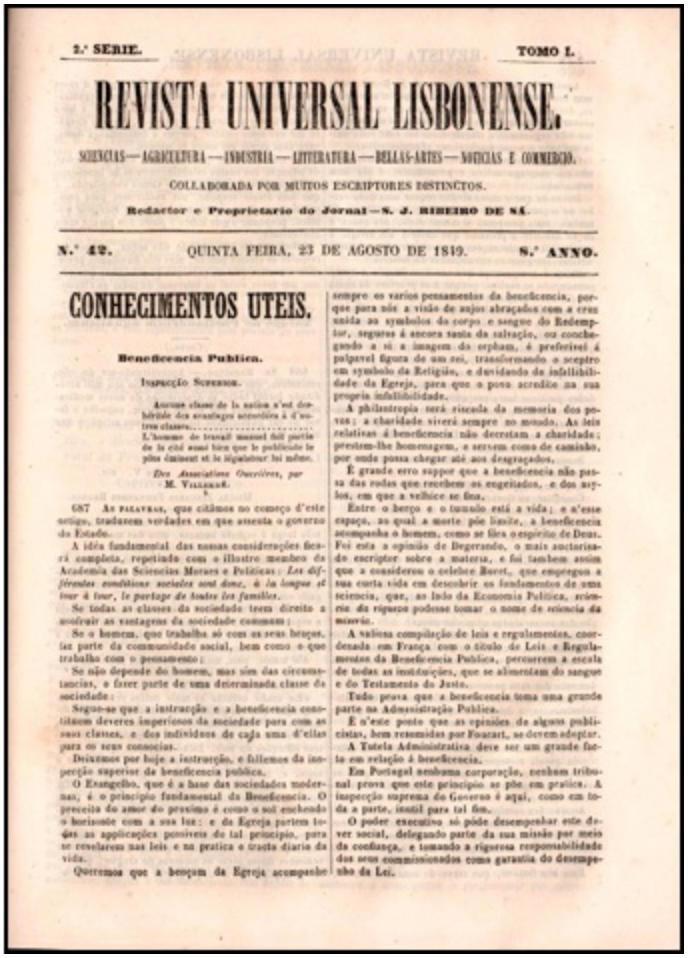
Janeiro: EdUERJ. pp. 189-94.
- David, Sérgio Nazar (2009). "O mundo inexorável do constitucionalismo português. Os desafios maiores do liberalismo sob o olhar de Garrett, A. P. Lopes de Mendonça, Camilo e Eça de Queirós". Rios, Otávio (org.). *O Amazonas deságua no tejo: ensaios literários*. Manaus: UEA Edições. pp. 224-40.
- Leone, C. (2010). "Lopes de Mendonça". Lisboa: *Figuras da Cultura Portuguesa*. Instituto Camões. URL: http://cvc. instituto-camoes.pt/conhecer/bases-tematicas/figuras-da-cultura-portuguesa/1287-lopes-de-mendonca. html.
- Mendonça, A. P. (1855). *Memorias de litteratura contemporanea*. Lisboa: Typographia do Panorama. URL: http://archive.org/stream/memoriasdelitte 00mendgoog#pa ge/n7/mode/2up.
- Mendonça, A. P. L. (2007). *O último amor*. Posfacio y fijación del texto por Sérgio Nazar David. Río de Janeiro: 7 Letras no Bolso.
- Mesquita, António Pedro (2009). "O Século de Lopes de Mendonça: O primeiro jornal socialista". *Revista Estudos Filosóficos*, 3, pp. 76 – 107. URL: http://www.ufsj.edu.br/revistaestudosfilosoficos.
- Picard, R. (2005). *El romanticismo social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- *Revista Universal Libonense* (números de 1841 a 1853). URL: http://hemerotecadigital.cm-lisboa.pt/ OBRAS/RUL/RUL .htm.
- Saraiva, A.; Lopes, O. (1996). *História da literatura portuguesa*. 17ª. ed. Oporto: Porto Editora.

---

1. Debemos al trabajo de investigación del Dr. Sérgio Nazar David, Profesor de Literatura Portuguesa de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, el descubrimiento y la reedición de la obra. V. Mendonça, A. P. Lopes de. *O último amor*. Posfacio y fijación del texto por Sérgio Nazar David. Río de Janeiro: 7 Letras no Bolso, 2007.
2. V. Leone, Carlos. "Lopes de Mendonça". Instituo Camões. URL: http://cvc.instituto-camoes.pt/conhecer/bases-tematicas/figuras-da-cultura-portuguesa/1287-lopes-de-mendonca.html. Sobre la militancia política de A. P. Lopes de Mendonça ver: Mesquita, António Pedro (2009). "O Século de Lopes de Mendonça: O primeiro jornal socialista" (*Revista Estudos Filosóficos*, 3, pp. 76 – 107). El pensamiento de A. Lopes de Mendonça se emparienta con el socialismo de sus congéneres franceses; sobre este último Picard afirmó que "más bien que una doctrina precisa — ya que tiene muchas variedades — es un estado de ánimo, una disposición sentimental, y la fuerza del sentimiento no necesita la precisión de pensamiento, lo que conduce a hacer un llamamiento a la imaginación para la construcción de los sistemas" (Picard, Roger. *El romanticismo social*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. p. 331).
3. V. Saraiva, António José; Lopes, Óscar. *História da literatura portuguesa*. 17ª. ed. Oporto: Porto Editora, 1996. Sobre las condiciones precisas y la duración del apoyo que A. P. Lopes de Mendonça dispensó al movimiento regenerador, consultar: David, Sérgio Nazar (2006). "Paixão e revolução na obra de A. P. Lopes de Mendonça" (*Diacrítica* 20, 3, pp. 363-88) (Trabajo recogido en: *O século de Silvestre de Silva – Estudos sobre Garrett, A. P. Lopes de Mendonça, Camilo Castelo Branco e Júlio Dinis*. Lisboa: Editora Prefácio, 2007. Vol. 1). También: David, Sérgio Nazar (2007).

"A. P. Lopes de Mendonça e o jornal A Revolução de Setembro". (Neves, Lúcia M. B. P.; Oliveira, Paulo Motta; David, Sérgio Nazar; Ferreira, Tânia M. T. Bessone da C.. [Org.] [2007]. *Literatura, história e política em Portugal [1820-1856]*. Rio de Janeiro: EdUERJ) y David, Sérgio Nazar (2009). "O mundo inexorável do constitucionalismo português. Os desafios maiores do liberalismo sob o olhar de Garrett, A. P. Lopes de Mendonça, Camilo e Eça de Queirós"(Rios, Otávio [org.]. *O Amazonas deságua no tejo: ensaios literários*. Manaus: UEA Edições. pp. 224-40). ↲

4. "Eugenia, ya hastiada del casamiento, busca un amante pero no llega a concretar el adulterio. Esto, sin embargo, no la exime de culpa. Vencida por sí misma pero también por las fuerzas del Mundo — regido por los placeres y por el dinero —, contra el cual Mendonça reiteradamente se rebela, su trayectoria nos indica el lugar que por extensión es el todos aquellos — jóvenes, mujeres y pobres sobre todo — que, en el Portugal liberal, regenerador y elegante, no se ajustan a las convenciones y a los roles sociales rígidamente establecidos" (David, Sérgio Nazar. "Posfácio". Mendonça, A. P. Lopes de. *O último amor*. Ed. cit. p. 74).↲
5. "*El último amor*" puede aproximarse, por lo tanto, también, y en perspectiva, desde lo temático, a aquellos textos que conforman lo que suele llamarse "novela de adulterio", la cual tiene en *Madame Bovary* su momento fundacional y estructurador (Cfr. Ciplijauskaité, Biruté. *La mujer insatisfecha. El adulterio en la novela realista*. Barcelona: Edhasa, 1984).↲



2.ª SERIE. TOMO I.

REVISTA UNIVERSAL LISBONENSE.

SCIENCIAS — AGRICULTURA — INDUSTRIA — LITTERATURA — BELLAS-ARTES — NOTICIAS E COMMERCIO.

COLLABORADA POR MUITOS ESCRIPTORES DISTINCTOS.

Redactor e Proprietario do Jornal — S. J. RIBEIRO DE SÁ.

N.º 42. QUINTA FEIRA, 23 DE AGOSTO DE 1849. S.º ANNO.

CONHECIMENTOS UTEIS.

Beneficencia Publica.

INSPECÇÃO SUPERIOR.

> Aucune classe de la nation n'est dessérée des avantages accordées à d'autres classes.....
> L'homme de travail manuel fait partie de la cité aussi bien que le publiciste le plus éminent et le législateur lui même.
>
> *Des Associations Ouvrières, par* M. VILLERMÉ.

687 AS PALAVRAS, que citámos no começo d'este artigo, traduzem verdades em que assenta o governo do Estado.

A idéa fundamental das nossas considerações ficará completa, repetindo com o illustre membro da Academia das Sciencias Moraes e Politicas: *Les différentes conditions sociales sont donc, à la longue et tour à tour, le partage de toutes les familles.*

Se todas as classes da sociedade teem direito a usufruir as vantagens da sociedade commum;

Se o homem, que trabalha só com os seus braços, faz parte da communidade social, bem como o que trabalha com o pensamento;

Se não depende do homem, mas sim das circumstancias, e fazer parte de uma determinada classe da sociedade:

Segue-se que a instrucção e a beneficencia constituem deveres imperiosos da sociedade para com as suas classes, e dos individuos de cada uma d'ellas para os seus consocios.

Deixemos por hoje a instrucção, e fallemos da inspecção superior da beneficencia publica.

O Evangelho, que é a base das sociedades modernas, é o principio fundamental da Beneficencia. O preceito do amor do proximo é como o sol enchendo o horizonte com a sua luz: e da Egreja partem todas as applicações possiveis do tal principio, para se revelarem nas leis e na pratica o tracto diario da vida.

Queremos que a benção da Egreja acompanhe sempre os varios pensamentos da beneficencia, porque para nós a visão de anjos abraçados com a cruz unida ao symbolos do corpo e sangue do Redemptor, seguros á ancora santa da salvação, ou conchegando a si a imagem do orpham, é preferivel á palpavel figura de um rei, transformando o sceptro em symbolo da Religião, e duvidando da infallibilidade da Egreja, para que o povo acredite na sua propria infallibilidade.

A philantropia será riscada da memoria dos povos; a charidade viverá sempre no mundo. As leis relativas á beneficencia não decretam a charidade; prestem-lhe homenagem, e servem como de caminho, por onde possa chegar até aos desgraçados.

É grande erro suppor que a beneficencia não passa das rodas que recebem os engeitados, e dos asylos, em que a velhice se fina.

Entre o berço e o tumulo está a vida; e n'esse espaço, ao qual a morte põe limite, a beneficencia acompanha o homem, como se fôra o espirito de Deus. Foi esta a opinião de Degerando, o mais auctorisado escriptor sobre a materia, e foi tambem assim que a considerou o celebre Boret, que empregou a sua curta vida em descobrir os fundamentos de uma sciencia, que, ao lado da Economia Politica, *sciencia da riqueza* podesse tomar o nome de *sciencia da miseria*.

A valiosa compilação de leis e regulamentos, coordenada em França com o titulo de Leis e Regulamentos da Beneficencia Publica, percorrem a escala de todas as instituições, que se alimentam do sangue e do Testamento do Justo.

Tudo prova que a beneficencia toma uma grande parte na Administração Publica.

É n'este ponto que as opiniões de alguns publicistas, bem resumidas por Foucart, se devem adoptar.

A Tutela Administrativa deve ser um grande facto em relação á beneficencia.

Em Portugal nenhuma corporação, nenhum tribunal prova que este principio se põe em pratica. A inspecção suprema do Governo é aqui, como em toda a parte, inutil para tal fim.

O poder executivo só póde desempenhar este dever social, delegando parte da sua missão por meio da confiança, e tomando a rigorosa responsabilidade dos seus commissionados como garantia do desempenho da Lei.

Portada de la *Revista Universal Lisbonense* del jueves 23 de agosto de 1849.

“EL ÚLTIMO AMOR”

I

Las organizaciones excepcionales, en medio de una sociedad que cada día materializa más sus aspiraciones, tienen que sufrir un martirio doloroso. Nacer con un alma de apóstol y un corazón de poeta, y sentirse lastimado por el mundo de las convenciones, respirando penosamente este aire viciado por el cálculo y por la ironía del escepticismo; caminar mutilado y padeciendo entre las amarguras de una existencia impuesta, para verse como el hombre detestado de los envidiosos y escarnecido de los estúpidos, es en verdad una cruz ante cuyo peso retrocede el más probado coraje.

¿Qué es a los ojos del vulgo este impulso grandioso hacia un ideal, que rara veces se contiene en una forma humana? ¿Qué significa esta sed de un amor completo como nuestros deseos, poético como nuestra fantasía, enérgico y exaltado como las pasiones soberanas?

Esta esperanza alimenta el hombre hasta una determinada edad. El corazón, si no envejece con el cuerpo, acepta resignado la ley fatal del destino y, deshojado de ilusiones, se siente palpitar por otras pasiones que lo distraen.

¿Y cuando no es así? Cuando los años dibujan arrugas en el rostro, emblanquecen los cabellos, vuelven pesados los movimientos, y pasan sin mella sobre el corazón? ¿Cuando en una edad madura el amor se yergue poderoso como en los tiernos años de la juventud? No hablo de ese amor bastardo, reacción mecánica de los nervios sobre el cerebro, delirio de los sentidos que no enciende su llama misteriosa en la inmensa y vaga afección que nos eleva por encima de nosotros mismos.

El conde de **** amaba así. Iniciado muy joven en los tumultos de los placeres, había gastado su juventud sin corromper el corazón. Olvidado en el seno de fáciles orgías, devorado por esa actividad de emociones brutales a lo que nuestro mundo llama desvaríos de muchacho, arruinó el cuerpo sin profanar el alma. Después, pasada esa excitación febril, se había vuelto reservado y triste. Había huido de la sociedad porque la sociedad ya no le atraía con los prestigios de la novedad.

El placer era para él una palabra sin sentido. Había consumido la copa y había visto el fondo. La energía de su alma se perdía en deseos incoherentes, nobles y generosos instintos que le caben en suerte a las naturalezas delicadas. Sentía lo indefinido de la existencia y la impaciencia de la vida sin encontrar medios de huir de la melancolía que lo devoraba. La palmera en el desierto debe sentir esta agonía de la esperanza antes de adivinar que son las ráfagas del viento que le han de hacer gozar las delicias de la simpatía.

A los cuarenta y cinco años era ya lo que se dice vulgarmente un viejo. Las luchas del pensamiento dejan en el rostro señales indelebles. En la arruga desdeñosa de su sonrisa, en los

pliegues severos de su frente espaciosa, en la llama mortecina de sus ojos, se veía que había vivido en esas regiones de la duda y en esas impaciencias fogosas del deseo que resecan y consumen la organización física.

Sin embargo, fue a esa edad que amó por primera vez. Amó como si aún las tempestades no le hubieran revuelto el alma, como si la sangre le golpease impaciente en las arterias, como si las más bellas ilusiones le nacieran espontáneas, fertilizadas por el calor de su afecto. Y, por un acaso fatal, amó a una mujer todavía en la primera aurora de la vida, bella, de candidez y melancolía angélica, como esos ángeles que los pintores imaginan inclinados sobres las sepulturas y a la sombra fúnebre del ciprés.

¿Retrocedería él frente a este sentimiento poderoso que le abrasaba todas las facultades? ¿Afrontaría el ridículo con que el mundo castiga estas alianzas desiguales? ¿Tendría la oportunidad de poder agradar, él, fulminado por las maldiciones de la vida como esos arcángeles heridos por el anatema del Señor?

Y fue eso exactamente lo que le concedió la victoria.

La mujer que se siente abrasada de afectos cree que consolar a los que sufren es una de las más sublimes condiciones de su misión en la tierra. Eugenia vio en aquel rostro la imagen de una extrema agonía: descubrió el trazo de lágrimas ardientes en aquellas arrugas recién abiertas por el sufrimiento: quiso afrontarlo, ella, entre débil y desvalido, con las irresoluciones impetuosas de una organización superior: intentó desvanecer las sombras que enlutaban aquella fisonomía con la luz de sus ojos, radiante de entusiasmo y de esperanza. Lo amó porque era infeliz; lo amó porque ya se despedía de la vida con una mirada débil de incerteza y desánimo. Lo amó porque sería atroz que una criatura de Dios descendiera a la tumba con la blasfemia en los labios sin haber conocido lo que hay de verdaderamente grandioso en la realeza del hombre — ¡el amor!

Pasaron breves estos instantes de felicidad. El sentimiento puro, virgen, de Eugenia, su devoción generosa, no pudieron resistir esta prueba solemne. Un día, Eugenia quiso encontrar en su marido la pasión exaltada de un amante y sólo encontró el afecto resignado de un padre. Entonces recordó que sus diecisiete años pertenecían a un viejo; que estaba ligada por la voz poderosa de la religión y por las convenciones del mundo, eternamente, aunque su corazón protestase contra su juramento, aunque su amor se erguiera del altar del casamiento y volase hacia otras regiones.

Es que la existencia puede ser severa y ejemplar y no ser superior a los misterios de la voluntad: es que los principios pueden sostener a la víctima al borde del abismo, sin que aún los ojos dejen de medirlo con la vivacidad del deseo y la voluptuosidad de la esperanza. Respeto ciertas instituciones, pero no sé hasta qué punto yo deba ser mártir de un impulso irreflexivo o de un desvarío de la juventud. Eugenia se arrepintió. Ya era tarde. Su alma estaba presa y ya no le pertenecía. En el límite de sus deberes estaba la vergüenza y la infamia.

El conde la vio consumirse como a una flor privada del rocío y maltratada por la tormenta. Supo la verdad; y tuvo uno de aquellos desengaños infinitos que emblanquecen los cabellos y nos

aproximan a la tumba con pasos presurosos.

¿De qué le valían a él las caricias forzadas y los besos resignados? ¿Qué era la posesión de los encantos de la mujer sin el amor que los engrandece e idealiza? De esos placeres que se encuentran en los brazos de esas sacerdotisas de la materia, que los venden a precio de oro, estaba él saciado y avergonzado. Él —¡el ambicioso!— había esperado la posesión completa, entera, esas alegrías nobles, esos placeres sentidos del amor moral.

Entonces, el escéptico, el indiferente, lloró ese sentimiento desvanecido, que sólo un milagro podría reconquistar. Dos días de esta lucha lo habían envejecido muchos años. Resignado a su suerte, tuvo el heroísmo del apóstol. Dejó de ser amante para ser padre. Quiso en su corazón vigilar la existencia de aquella que no tenía la culpa de ser una jovencita. Quiso completar la vida por uno de esos rasgos que el mundo acusa y que el cielo aprueba.

II

La civilización uniformiza de tal modo las costumbres, confunde de una manera tan notable las gradaciones de los caracteres en una escala de sentimiento y de lenguaje, que la aparición de alguien que se aparte de las características usuales, produce una sensación profunda de espanto, cuando no de admiración.

Cuando Eugenia entró en los salones de la marquesa de ****, que daba un baile, corrió inmediatamente por toda la reunión uno de esos murmullos de cuya intención nadie puedo dudar. Es que su belleza ofrecía tal distinción y originalidad que inmediatamente invitaba al entusiasmo a las naturalezas más positivas. Reproducía tal vez esa bella creación de Antonia, de los cuentos fantásticos de Hoffmann.[1] La sencillez de su vestuario contrastaba con el fasto y la ostentación general. Algunos hilos de perlas entrelazados en sus cabellos negros era todo su ornamento. El vestido blanco que traía realzaba la palidez de su rostro y dibujaba suavemente lo aéreo, lo frágil de aquel cuerpo, levemente pendido como los lirios sobre la corriente y que un soplo bastaría para desvanecerlo de la tierra.

El señor L*** era el *león*[2] de la temporada: sin embargo, no era del todo nulo, ni sólo un vanidoso, como acostumbran casi siempre a ser los leones, desde Georges Brummell[3] hasta el más empedernido polkista que concentra sobre sí todas las miradas porque danza al compás y en una línea rigurosamente perpendicular. L*** era el tipo, la imagen de este siglo egoísta y corrompido por la sed de los goces materiales. Su alma era como el nudo de la corbata, fría e implacable *mise en scène*. Su fisonomía era de una regularidad de facciones que fastidiaría al artista y que, como era lógico, cautivaba al mundo femenino. En la manera de colocarse los anteojos, de sonreír, de hablar, se percibía el cuño de sus pretensiones — de esta pretensión calculada, algebraica, que se podría representar con una fórmula matemática que no se olvide. Que reina impiadosamente como los cuellos duros, no alterados por el movimiento irregular de la cabeza. Físicamente, era uno de esos Apolos de mostrador de peluquería que resisten a los cambios de las estaciones: moralmente sumaba todas las pequeñas vanidades egoístas que caracterizan a la buena sociedad en este siglo de vías férreas, de iluminación a gas y de telégrafo eléctrico.

El Sr. L*** apenas vio a Eugenia no pudo dejar de compartir el sentimiento general. Se puso los anteojos con un aire de apreciador supremo y les mostró, a los que lo rodeaban, una de aquellas sonrisas de aprobación elegante que fue traducida de la manera más apetecible a las damas que tenían aquel voto muy en cuenta.

El León desdeñoso la pedía para una contradanza. Era inclusive un medio elocuente de mostrar

que su homenaje había sido sincero y su admiración profundamente sentida.

— Tal vez no se acuerde de mí, señora mía — dijo el León en el intervalo de una de la figuras — pero por acaso estaba en la iglesia el día de su casamiento y nunca pude olvidarme a pesar de haberse retirado inmediatamente a la provincia.

Eugenia se estremeció.

— Es posible. ¡Recuerdo que hasta me acompañó hasta el carruaje! — dijo ella ruborizándose y como recelosa de haber mostrado que aún lo tenía en su memoria.

— ¡Cuán feliz me considero de no haber sido completamente olvidado en su pensamiento! ¡Es un pesar tan grande para el corazón sentirse un hombre indiferente para las personas que admira por su belleza y que estima por sus virtudes!

En ese momento, L*** le dio la mano a Eugenia para entrar con ella en la contradanza, y la apretó ligeramente, ciertamente más de lo que exigían las leyes de la etiqueta. Eugenia se sintió acometida por un vértigo: la sangre huyó de sus mejillas hacia el corazón y estuvo a punto de desmayarse. Es que se sentía atraída por ese hombre; es que, ignorante de los caprichos de la sociedad, perfectamente inocente de todos los artificios, lo idealizaba en la imaginación: para justificar la influencia que él ejercía, para darle la razón a las voces del mundo, le había concedido virtudes heroicas y sentimientos exaltados. La pobre niña amaba a una creación de su fantasía, y no a una entidad real. Si ella supiera que un hombre que comete una inconveniencia es cien veces más detestado que aquél que traiciona un sentimiento; se le hubiesen explicado todos los pequeños misterios de la vida social, entenderían que no son las cualidades del corazón y las dotes elevadas de la inteligencia que atraen más el entusiasmo: que un hombre, gracias a su sastre y al conocimiento perfecto de los estilos del mundo, puede ser un héroe inclusive para su *valet de chambre*.

Esta simpatía de Eugenia en nada disminuiría la aspiración poética de su naturaleza moral. No era un impulso de la vanidad que la dominaba; la vanidad de ser lisonjeada porque había sabido merecer el amor de un hombre que llamaba la atención. Para una mujer que apenas entraba en el mundo, desterrada hasta ese entonces en la provincia, aquella distinción, aquél perfume de elegancia, la cautivaban como un indicio de excelencia, de superioridad moral. En los entes cándidos, incapaces de cálculo, llenos de ingenuidad y de inocencia, las apariencias más triviales, las circunstancias exteriores más indiferentes, imperan decisivamente.

L*** tenía penetración. Habiendo vivido desde niño en la sociedad, habiendo viajado por países cultos, adquirió el tacto de la vida y se construyó ese vocabulario de finezas, ese almanaque del espíritu, escrito y aprendido de memoria como los *Diálogos Familiares*,[4] y que, para quien no lo conoce, parece tener toda la vivacidad *à propos*, toda la elocuencia del talento individual. Gracias a él, más de un tonto goza, por muchos años, de una reputación de prestado, hasta que un acontecimiento imprevisto lo revela tal cual es.

Supo inmediatamente que había impresionado a Eugenia. Vio que debía luchar con una mujer sin conocimiento del mundo y, felizmente, dotada de una imaginación exaltada y extravagante. Concibió,

rápidamente, todo su plan de conquista, y fríamente, sin afecto ni pasión, incitado sólo por un deseo brutal y una vanidad pueril, resolvió sacrificarla a su egoísmo personal.

Durante toda la noche se invistió de una melancolía excesivamente *byroniana*.[5] Recostado sobre una de las puertas de la sala, con una sonrisa triste en los labios, con los ojos vagos y opacados de *spleen*, parecía no ver, ni oír lo que pasaba a su alrededor. De vez en cuando, como llevado por una sentimiento irresistible, y que era superior a su propia voluntad, clavaba los ojos brillantes de entusiasmo y de amor en el rostro de Eugenia, que instintivamente también bajaba los ojos y se ruborizaba.

Aquella noche decidió el destino de Eugenia. Cuando volvió a casa, amaba tan ardientemente, como vago y desconocido era para ella el objeto de su afecto.

---

1. "Antonia": personaje del cuento "*El violín de Cremona*" ("Rat Krespel", 1817) de E. T. A. Hoffmann.
2. "león": "leão" en el original, término usual en el periodismo y la novelística del siglo XIX para a hacer referencia al joven elegante (dandi, galán), conquistador y amante que frecuenta los altos círculos sociales. El concepto proviene el francés "lion" — según el TLFi "Joven elegante, que vive en el lujo y la ociosidad" (URL : http://www.cnrtl.fr/definition/lion). Eça de Queirós hace referencia a este tipo social en el ensayo "*El problema del adulterio*" (1872), contenido en su libro Una campaña alegre.
3. (1778-1840) Famoso dandy inglés, árbitro de la moda de su época.
4. Tal vez se refiera a Diálogos familiares, obra para la enseñanza de la lengua española (con correspondencias en francés), compuesta por Juan de Luna y César Oudin, publicada en Bruselas en 1675.
5. El héroe byroniano es "saturnino, apasionado, melancólico, lleno de remordimientos pero al mismo tiempo un pecador irredento, quien en su orgulloso aislamiento social confía solamente en su ser absoluto contra las restricciones institucionales y morales". Abramms y otros. *The Northon anthology of english literature*. New York: Norton, 1974. p. 366.

III

El capítulo de las declaraciones, en todos los asuntos de amor es un capítulo inagotable. La declaración es la piedra de toque de cualquier pasión. Si es verdad cuando se dice que en la mesa y en el juego se conoce a un hombre, no es menos cierto afirmar que por la declaración se manifiestan todas las facultades del sentimiento y todas las graduaciones de los caracteres y de las clases.

Eugenia, días después, recibía esta carta:

"La vi y la amé. Sé que nos separan convenciones tremendas y lazos sagrados. ¿Pero puedo yo despreciar la felicidad y entregar mi vida a un suplicio eterno? Porque no llegué un momento antes de su casamiento para gritar con desesperación: 'Esa mujer es mi sueño, mi ideal, la pureza que yo amaba, la estrella brillante que me decía: no descreas de la vida'. ¡El destino, el implacable destino me separó de ti, condenándote a vivir en los

brazos de otro y a humedecer con lágrimas mi lecho solitario! ¿Y qué importa? ¡Te amo: te amo aunque pertenezcas a otro, porque no son las leyes ni los hombres los que tienen poder para apagar este amor inmenso que el cielo había bendecido antes de que te arrancasen de mis hermosos sueños, para darte a un marido que tal vez no te merezca! ¿Me amarás tú? ¿Sabrás que no hay principio alguno que pueda unir eternamente a dos entes que no se ligan por los misterios de la simpatía y condenar al corazón gemir solitario sin tomar parte en los goces de la vida por las deliciosas emociones del amor?… Ten piedad de mí… ten piedad de ti, porque yo sé que me amas; hay presentimientos que no engañan y yo siento que debería ser el que completara tu alma aquél a quien le correspondería repetir arrodillado en el altar: ¡Eres mía! ¡Soy tuyo!"

Eugenia nunca había leído frases tan poéticas ni imaginado sentimientos tan exaltados. La carta de L*** había sido un prodigio de cálculo. Para allanar las dudas ingenuas de aquella alma virgen, había invocado todas las hipérboles que se reproducen espontáneas en el momento solemne de las grandes explosiones del corazón.

Para las mujeres de sociedad, experimentadas en todas aquellas polémicas del sentimiento, que toman a veces una pasión como un pasatiempo de espíritu o como un antídoto eficaz contra el aburrimiento, esta carta sería atribuida a un poeta en las primera alborada del corazón y, ciertamente, serviría de tema para los más triviales comentarios para esas banalidades vulgares de metafísica amorosa, herencia que la vieja generación femenina legó como *feudo* a las elegantes del siglo actual.

Para Eugenia fue una revelación grandiosa, un presentimiento sublime. Entonces pudo comprender la vacuidad, hasta ese momento apenas ocupada, de su existencia, esas voces misteriosas, que se le despertaban dentro del alma y que ella apenas sabía definir, ignorando que

para las existencias modestas, para los corazones que crecen lejos de la corrupción de las ciudades, hay un período en la vida en que se hace sentir imperiosa la necesidad de amar; tesoros de sentimiento que Dios concede a las naturalezas privilegiadas que se pierden en el centro de ese mundo de civilización mezclado de cálculo abyecto y de prejuicios atroces, adonde el amor es apenas un impulso ardiente de los sentidos, el casamiento un contrato meramente comercial, adonde el alma se corrompe del mismo modo en la almohada conyugal y en el lecho de la ignominia.

¿Cómo habría de saber ella que aquel hombre no la merecía? La ciencia de la vida no se aprende de improviso y el talento y la virtud son los que vierten más lágrimas, los que derraman más sangre en esa iniciación dolorosa que nos deja al final como esos cedros gigantes tumbados por la tempestad y fulminados por el rayo.

No respondió aquella carta. La devoró con los ojos y con el corazón; vio aquellas frases escritas en fuego durante las mal dormidas noches y en sus sueños febriles y sobresaltados. Entonces, cuando veía a su marido, sentía por él una repulsión instintiva: cuando sus labios le tocaban la frente con un beso resignado y paternal, se estremecía toda y se le helaba la sangre en las venas. Se maldecía a sí misma por ver que había momentos en que llegaba a detestarlo.

Un día concibió una resolución noble y enérgica. Resolvió confesarle todo. Quería encontrar en aquella amistad sincera un refugio seguro contra su amor. ¿Cómo había de resistir él el fervor de su arrepentimiento y condenar un sentimiento que había nacido a despecho de la voluntad, puro y virgen aún, que se sustentaba con los recuerdos de una noche y con las protestas de una hora?…

Fue derecho a su gabinete. Lo vio triste como siempre, leyendo un libro, con la cabeza recostada sobre las manos, en ese recogimiento de la meditación que a veces se torna el único abrigo contra las desilusiones del mundo y las tormentas de la vida. Cayó a sus pies, bañada en lágrimas, recostó la cabeza en sus rodillas y desahogó el corazón en sollozos y llanto.

—¿Qué tienes, Eugenia? — le dijo el conde. —¿Por qué son esas lágrimas?… y la alzó dulcemente, apretándola contra su corazón.

—Es que ya no puedo sufrir lo que sufro, sola… es que ya no me amas como antes…

—Leo más en los libros que en tus ojos, ¿no es así?… Soy viejo — prosiguió él con una sonrisa triste — tengo ya los ojos debilitados, ¡no quiero robar la llama que arde en los tuyos! Te aburriste de estar sola entregada a los cuidados de tus criadas; quieres ir al mundo, a los bailes. No te puedo acompañar ya que hace mucho abandoné la sociedad; te entregaré a los cuidados de la marquesa de ***, tu parienta. Sin duda te habrás de divertir con ella…, es bella como un ángel y pasa por ser graciosa…

Eugenia no tuvo valor para hacer su confesión. No quiso perturbar aquella confianza angélica y aquella bondad infinita. Y se engañaba. El conde había adivinado en aquellas lágrimas, en aquellos terrores de la inocencia, en aquella desesperación de la soledad, una pasión poderosa. Pueden reírse de él los que no comprenden la sublimidad de ciertos caracteres. Supo que, después de perder el amor de Eugenia, iba a perder la consideración del mundo y no retrocedió ante la grandeza de su

sacrificio… Cuando el alma se eleva muy alto ve a los hombres tan pequeños, que ya no los escucha en sus resoluciones. ¿Qué derecho tenía él para despojar aquella vida que le había sido confiada, para arruinar para siempre aquel corazón arrancándole lo más poderoso, el más elevado sentimiento de la vida — el amor?

IV

La marquesa de *** tenía más de treinta años. Es la edad dramática de la vida femenina. Es cuando la naturaleza apresura, día a día, el término final de la soberanía de la mujer — y es cuando la mujer lucha con su naturaleza, con las seducciones del arte en la *toilette*, y con los misterios del rojo, del blanco de balea[1] y de las espesas capas de *cold-cream*. La mujer de moda sufre una descomposición moral en las diversas estaciones de la edad. A los treinta y cinco años comienza a ser maldiciente; a los cuarenta años tiene en poco las vanidades del mundo y se acuerda únicamente de ser devota.

La marquesa de *** era una de esas mujeres inofensivas cuyo código de moral se cifraba apenas en el respeto escrupuloso de las conveniencias. Viuda muy temprano, se decía en los círculos de la sociedad que no había aceptado totalmente los deberes de la abnegación: los maldicientes ignorantes multiplicaban caprichosamente el número de sus amantes y la calumniaban. La marquesa no era ni una marquesa de la regencia[2], fríamente liviana y perdida de costumbres, ni una virtud austera, que, sin abdicar de los placeres del mundo, sabe conservarse pura e intacta de todas las seducciones.

El gran arte de una mujer de espíritu — que son raras — es emplear todas sus facultades en el gran fin que, en la sociedad, todavía es más apreciado que la virtud, aún más que el heroísmo — el de moralizar la desmoralización. La marquesa amaba a un hombre mediocre que la dominaba: recibía, por vanidad, la corte de un hombre de talento que la apreciaba de veras y de quien ella se reía: y para seguir en todo los caprichos de la moda, aceptaba graciosamente a quema ropa las finezas insípidamente hiperbólicas del *león* del día, del hombre-figurín, del señor L ***.

La marquesa dio inmediatamente un lugar en su palco a Eugenia. Le costó al principio la idea de una competencia tan peligrosa: después resolvió luchar por la ciencia contra la ingenuidad: siendo buena de corazón, capaz de sacrificios, no retrocedió tampoco ante esta misión infernal de hacer una víctima de aquella que le habían dado para dirigir y aconsejar.

Es que hay casi siempre en la mujeres, aún en las de más generoso carácter, un sentimiento superior a la justicia y a la conciencia — es el amor propio. No digo que no exista el mismo defecto en los hombres, pero estos, fortalecidos por el estudio, o distraídos por el movimiento social, lo presentan más modificado. Es un vicio orgánico casi, una fatalidad de constitución moral, que el mundo tiende siempre a exagerar y a desenvolver. La lucha de las mujeres es toda en el terreno del corazón, en el círculo estrecho de las relaciones de sociedad. Ambiciosas o modestas, frías o apasionadas, no pueden cambiar de campo de batalla. La sociedad le corta todos los vuelos y sujeta, a veces, el ejercicio de las más grandiosas y nobles facultades a los *infinitamente pequeños* de la

sala, a la *commérage* de las noticias del día. Las individualidades poderosas que, a veces, destacan en medio del sexo femenino, confirman más la regla: las Staëls, las Georges Sands, son excepciones que tal vez acusen el desperdicio a que la sociedad se condena, cerrando impiadosamente a la actividad moral de la mujer la arena de los altos intereses de organización y de gobierno.[3]

Se daba *Otello*.[4] En uno de los entreactos, el Sr. L*** fue a hacer una visita al palco de la marquesa. La marquesa conversaba asiduamente con su amante, el *prémier-attaché* de su diplomacia amorosa. El Sr. L*** aprovechó la ocasión y se sentó al lado de Eugenia.

Fue un momento solemne para la inocente niña. El corazón le palpitaba como si le intentase partir las bóvedas del pecho. Recostó lánguidamente la cabeza en una de las manos y, para no denunciar su perturbación, dirigió el anteojo hacia uno de los palcos contiguos.

—¿Me amas? Dijo el león, sofocando un grito de triunfo. En ese momento la marquesa hizo un punto final en el diálogo y le dirigió la palabra:

—¿Cómo encuentras Otello? Confieso que la primera dama se viste bien, tienen bonitos brazos, pero no pasa de ahí. El tenor, que tiene una figura que excluye toda idea de exaltación moral, cantó de un modo que hace resucitar esa pasión de una existencia problemática, y muerta, según parece, con el *Otello* de Shakespeare.

—Perdóneme si no soy de la opinión de Ud., respondió el *león*, insistiendo en la frase, construida hábilmente para dar dos golpes al mismo tiempo; — negar la existencia de los celos, es, en otras palabras, condenar también el amor: y si yo hasta aquí hubiera descreído de ese sentimiento, renegaría de mi propio escepticismo ante Ud. y la señora condesa. Y dirigió al mismo tiempo una mirada fulminante a Eugenia.

La marquesa percibió enseguida que el saludo había sido dirigido sobre todo a su compañera y que era mezquina la parte que le tocaba: quiso ensayar un gesto de agradecimiento, pero el pequeño movimiento nervioso que le apareció en los labios no podría, de buena fe, entrar en la categoría de sus sonrisas.

Se levantó el telón: no podía proseguir la discusión porque la marquesa se preciaba de ser de un *diletantismo* exagerado.

—Esperé en vano la respuesta de Ud., dijo L*** casi al oído de Eugenia; su silencio me es más penoso que su indignación: ¿si supiera lo que he sufrido con esta ansiedad?…

El tenor entonaba en aquel momento el recitado del delicioso dueto de Rossini que comienza: *I mio cor se divide*.

—¡Oh! Créame, señora mía, continuó L*** intentando aprovecharse de aquel feliz acaso, no tengo derecho a tener el sentimiento que Rossini pintó tan enérgicamente en la bella creación de su Otelo, pero lo que sufro es más horrible aún que los celos, ¡es todo lo que siente el condenado en la espera solemne que precede a su sentencia!

La figura era trivial pero tuvo un efecto irresistible. Eugenia, semimuerta de amor y de vergüenza, balbució rápidamente una respuesta:

—Mañana a la noche la marquesa da una *soirée*: allá… ¡le entregaré su carta! — ¡que no leí, que no me acuerdo de haber leído!

Había tanta candidez, tanta inocencia en aquella disculpa; se sentía tan poderosamente una lucha sublime en aquella hesitación de la pasión con el deber, que un hombre de carácter elevado, al no sentir poder corresponder al fuego virgen de aquel amor, tendría el coraje de abdicar pretensiones vanidosas.

A los ojos de Dios, el impulso que llevó a Eloísa a los brazos de Abelardo, debe ser absuelto: la mujer que fue débil, que sacrificó a su amor todos los melindres de su sexo, que arrostró la opinión del mundo, que tuvo el coraje sublime de hacer de su crimen un pedestal a la grandeza de su sentimiento, puede responder con confianza en el día del juicio: "!Amé!"

Pero es por eso mismo cien veces infame el hombre que abusa de un sentimiento verdadero cuando no siente que lo merece y que no pude, como Abelardo, ennoblecer a su amante por el favor de su sacrificio y la energía de su corazón.

---

1. "Balea": una marca de cosméticos de origen alemán.
2. "regencia": hace referencia al período inmediatamente posterior a 1826 tras la muerte del rey Juan VI, cuando asume como regente su hija Isabel María.
3. El tema de la educación de la mujer y su papel social va a ser retomado y profundizado por los intelectuales de la generación posterior, representantes de la estética realista en Portugal, como Eça de Queirós, Ramalho Ortigão y Oliveira Martins.
4. "Otello": se refiere la ópera del italiano Gioacino Rossini (1792-1868) — Otello ossia Il moro di Venezia — estrenada en Italia en 1816 y representada en Lisboa, en el Real Teatro de San Carlos, alrededor de 1835. Esta fecha puede servir de referencia para ubicar imaginariamente y de forma congruente los hechos narrados. La presencia de este intertexto lírico subraya además el tema de los celos y puede considerarse como una suerte de mise-en-abyme.

V

No pretendan que yo les describa por centésima vez una *soirée*. Sería un empeño superior a los límites de esta novela.[1] La parte exterior, el espectáculo, está en la memoria de todos. La parte íntima, el círculo de los lazos y de las intrigas de sociedad es casi imposible de acompañarse en la narración rápida e improvisada de una *historieta* de corazón.

La *soirée* era en la casa de la marquesa de ***. Estaba casi en el final. La señoras se apiñaban en la escalera a la espera de los carruajes. Los hombres, encendiendo los cigarros, intercambiaban sus últimas miradas y ensayaban las postreras cortesías.

Eugenia se encontraba finalmente en un peligroso *tête-à-tête* con el Sr. L***. En el fervor de la confusión, producida por aquellas rápidas despedidas, habían podido pasar inadvertidos en un gabinete contiguo a las salas. Había llegado el momento de la explicación prometida.

La excitación moral que sucede a un baile es, por su intensidad, inexplicable. Las facultades avivadas por la vigilia y los sentidos abrasados por el perfume de las flores, balanceados por el sonido confuso de las postreras armonías, transforman totalmente al individuo. Es cuando el pensamiento reacciona contra todas las pasiones de la vida: se sueñan entonces glorias grandiosas, amores heroicos y espléndidas esperanzas. El horizonte de la ambición se ensancha desmedidamente ante la mirada codiciosa del hombre. Es cuando se daban, como expresa Víctor Hugo en una de sus poesías, provincias por un beso y se ofrecían reinos por las delicias delirantes de una noche.[2]

—Ahí tiene su carta, dijo Eugenia con voz trémula y casi imperceptible: —¡no son las palabras de un hombre las que podrán desligar lo que la religión unió junto a los altares!… Y le dio la carta que, días antes, había recibido.

L*** no esperaba un desenlace semejante. Alucinado por la pasión ficticia que las emociones del baile le habían provocado, tuvo uno de aquellos rasgos de elocuencia sentimental que imperan tan decisivamente en las organizaciones delicadas. Conoció su fuerza y usó de ella sin vacilación ni piedad. En las naturalezas dubitativas que no poseen ni la energía para ser completamente malas, ni las virtudes para convertirse en valientemente buenas, los principios no tienen casi influencia: en esas almas inertes, la lucha es imposible: aceptan las inspiraciones de la vanidad y ceden a toda la vivacidad de las emociones artificiales.

—¡Yo sé bien el poder que nos separa y las fuerza que nos desune! —dijo él con la voz oprimida por la pasión; —¡es un hombre, es ese hombre que arruinó su vida, que la sacrificó al egoísmo de una vejez prematura y a las caricias de un amor bastardo!… ¿No sabe lo que le decía en esa carta?…. ¡Que no reconocía derecho para que me arranquen la felicidad, para que condenen

apenas nacido mi único amor!… ¿Acaso la mujer puede decidir sobre su voluntad y decir sin temor a la blasfemia que su amor ha de ser eterno y que ha de ser inflexible a su obediencia?… ¿Y qué crimen cometí yo para aceptar un destino para el cual no contribuí, para sacrificar mis afectos a las decisiones tiránicas de una institución absurda?… ¡La amo — te amo, Eugenia, y ya no hay principio que me haga morir en los labios esta expansión involuntaria de mi sentimiento!

—¡Oh Dios mío!, ¡cállese!, ¡cállese! ¡Sabe que podré maldecirlo yo también a él, tan bueno, tan franco, tan generoso!… No —prosiguió ella, haciendo un esfuerzo — lo estimo como a un padre, lo amo, sólo lo amo a él.

—No, no es amor lo que siente por él; es el temor que lo prende a su alma, ¡el temor de esos prejuicios que el mundo llama deberes y contra los cuales el corazón se revela! Sé lo que ha sufrido en esa lucha continua; ¡lo veo en la palidez y en la tristeza que cubre su rostro, en la sonrisa melancólica y resignada que se le aparece en los labios! El instinto de mi afecto no me engaña — no me puede engañar: no lo ama porque la flor mimosa que se abre en ruinas, se estremece con cada piedra que cae y que las aproxima a la destrucción total. ¡Sólo yo te puedo amar, porque sólo yo te pude comprender! ¡No es la luz trémula de una pálida estrella la que puede despuntar en la campiña el lirio desterrado — son los fuegos del corazón, encendidos por el amor y por la juventud!

—Cállate, cállate — dijo Eugenia, exaltada por la pasión y, al mismo tiempo, subyugada por la razón que se defendía débilmente — no puedo oír esas palabras — ¡me hacen mal al corazón! ¡Mi vida no tiene sino una esperanza… la tumba!

—¡No! !No haz de morir así, porque eres mía, porque me perteneces, porque la muerte no tiene poder para arrancarte de mi alma! Lo que nos aproximó uno del otro no fue ni el acaso ni las circunstancias vulgares de la vida; fue la mano poderosa de la fatalidad, fue la voz misteriosa de la Providencia. ¿Por qué dudas? ¿Por qué haz de regar con lágrimas el camino de la felicidad? ¿No me aparecí en tus sueños así como tu imagen fue la perpetua inspiración de los míos?

—Y mi marido —volvió ella, reclinándose sobre el pecho de L*** con el rostro bañado en lágrimas. —¡He de pagarle su afecto sincero con la deshonra… con la infamia!

L*** la apretaba en un paroxismo nervioso de esa pasión que hace delirar los sentidos sin exaltar el alma.

---

1. "novela": en el original, "romance" (lo mismo que en inglés y en francés, roman y en italiano romanzo); no obstante, por su extensión y su arquitectura interna, el texto no responde a esta clasificación sino a lo que en francés se denomina "nouvelle". Tal vez el autor pensó, en un principio, acometer una labor de más largo aliento.
2. Alude al poema de Victor Hugo (1802-1885), de su libro Les feuilles d'automne (1831), titulado "*A une femme*" el cual comienza así: « Enfant ! si j'étais roi, je donnerais l'empire… »

VI

La marquesa de *** entró momentos después a buscar a Eugenia. De un vistazo comprendió que había sucedido allí una escena apasionada. Lo vio en las largas pestañas de Eugenia aún húmedas de lágrimas, lo vio en sus mejillas coloradas y en aquel abatimiento que se sucede siempre a un gran esfuerzo moral.

Fue el motivo por el cual se le dibujó en los labios la más preciosa sonrisa: esa sonrisa de los ángeles caídos que fascina y que seduce pero donde parece morir la esperanza de las grandiosas explosiones del amor moral, el único, el verdadero amor que sabe entusiasmar al artista y al poeta.

—¿Qué tal les pareció la *soirée*? — transcurrió animada, ¿no es así? Aunque — agregó la marquesa con intención evidente — la soledad sienta mejor a los corazones tristes, a las almas ya heridas por la desgracia y experimentadas en el sufrimiento. Ya me fatigan estas escenas: la abnegación era el papel que me convenía: he estado ya a punto de romper la cadena que me liga al mundo y que me impone penosos deberes… que yo no sé, que yo no puedo cumplir.

—¡Ah! ¿Señora mía — dijo el *leão*, rastrero, al sinsabor de su existencia habitual — es tan egoísta que no comprende la falta que haría en la sociedad, el vacío que dejaría en el mundo?

—¿Quién, una vieja? — interrumpió la marquesa, tomando su aire más cándido y juvenil y retrocediendo con el gesto a la edad de quince años, por lo menos — hablarían de mi ausencia cuatro días cuanto mucho y tal vez en el intervalo de una contradanza se acordarían de decir: “Es verdad, eran muy agradables las *soirées* de la marquesa, se disfrutaba de libertad y se conversaba con confianza y sin reservas…”

Y la marquesa expresó acentuó con la entonación las palabras que se dirigían a explicar la situación de los dos presentes.

L*** tuvo la cobardía de no tener un movimiento de indignación contra aquellas injuriosas sospechas. Era un elogio indirecto a los encantos de su persona y al poder de sus seducciones; y la vanidad, hasta en los caracteres más elevados, es más poderosa a veces que la voz de la justicia y de la conciencia.

La marquesa, como uno de aquellos generales coronados por la victoria y que intentan cerrar el círculo de su carrera con un hecho de armas destacable, había resuelto marcar en el número de sus víctimas al Sr. L***. Quería que el galanteo se transformase en pasión y que Eugenia, a pesar de su belleza, de su inocencia y de su juventud, tuviera que retroceder ante imperio de sus encantos desvanecidos pero avivados por el arte y los artificios de su espíritu, exaltado por las supuestas dificultades de un amor compartido. Para eso no retrocedería ni siquiera frente al casamiento. La

mujer de treinta y cinco años, en aquel último lance de la suerte, tiene un fanatismo igual a los héroes de la revolución francesa, bramando desde lo alto de la tribuna: *Périssent nos mémoires, et que la patrie se sauve!*

VII

No es una declamación banal, el oro es el dios de esta generación. Su influencia está determinada en los hábitos, en las leyes, en las ideas sociales. La clase media substituye el orgullo de la raza por las vanidades de la riqueza — el poder de la fuerza por la tiranía de los capitales. En esta estación solemne, que precede a la transformación futura de la sociedad, las pasiones de la posesión ciega y egoísta se duplican en energía.

Perdidas todas las ideas de grandeza y de gloria, el horizonte de la ambición se circunscribe al deseo de los goces. Es como se explica esta corrupción declarada que invade y prostituye a los individuos. *Auri sacra fames*,[1] es el mote de las clases privilegiadas en el siglo actual.

¿Pero para que habría yo de explicar, por la influencia del siglo, la revolución operada en el espíritu del Sr. L***? En este punto el *león* resumía el siglo y el siglo vivía en el carácter del *león*.

La perspectiva de un nombre y el esplendor de una fortuna le hizo morir en el corazón el capricho vanidoso de aquella conquista. El *león* se rindió al pensamiento de la marquesa de ***. No ignoraba nada de su vida, ¿pero qué era el fervor de un sentimiento y la fineza de una pasión generosa en presencia de la avidez de un futuro brillante?

La virtud a pie tiene mucho menos prestigio que la infamia en carruaje. Este axioma social era uno de los artículos de fe de nuestro elegante. El galanteo se convirtió en un cortejo declarado, as finezas se volvieron quejas de pasión profunda.

Era ya verano: la marquesa de *** había partido para el campo. Era una de esas tardes voluptuosas que encienden los deseos y enloquecen la imaginación; era cuando los rayos moribundos del sol expiran sobre las aguas levemente encrespadas por la brisa; era cuando el perfume de las flores embalsaman los aires con la aproximación de las sombras de la noche. La marquesa de *** había recibido la visita del Sr. L ***. La elegante recluida había decidido triunfar ese día. Había partido para el jardín con el león y resuelto usar todos los ardides para que, cuando Eugenia fuera a para estar con ellos, ya su victoria fuera completa e inevitable la ruptura de aquella pasión comenzada.

La marquesa estaba vestida con un *negligé* pretensioso. Había un perfume juvenil en aquellas ropas de color vivo y ajustadas con un cierto desaliño convencional. Recostada en un banco de la glorieta del jardín, se diría, de lejos, que era una de esas apariciones de que hablan las baladas alemanas y los romances peninsulares. El Sr. L*** estaba a distancia como respirando el sonido de sus palabras y viéndose en el rasgado de sus ojos.

—Qué bonita está la tarde —dijo ella con ese tono de voz demorado e indolente en que el oído

adormece con placer.

—¡La tarde es la hora del amor y de la saudade[2]! — respondió el león con una actitud de irresistible pasión.

—¿El amor?… ya soy muy vieja para amar de nuevo.

—Pero muy hermosa para ser amada — atajó L*** llevando la mana rigurosamente *gantée* al corazón.

—¿Es una declaración que me hace? — dijo la marquesa con una leve expresión de ironía.

—¿Y si lo fuera?… ¿Acaso incurría para siempre en su desagrado, si dejara hablar libremente a mi corazón?

—Las declaraciones pertenecen exclusivamente al *ancien-régime*. El amor se prueba, no se torna ameno con cortinado descorrido y lacayo que anuncia como en los tiempos del rey Don Juan V.[3]

—¿Y qué prueba quisiera para creerme? ¿No lee en mis ojos, en mi asiduidad, una pasión que es muy respetuosa para poder demostrarse de otro modo frente al mundo?

—¿Y qué siente por la condesa**?… ¿Acaso me juzga tan ciega para no comprender el amor que le tiene?

—Y acaso tengo la culpa de que ella tomara en serio ese galanteo banal que se concede a todas las señoras bonitas?… Me encontré con una mujer *romántica* como se dice vulgarmente, tímida como una paloma y enérgica en el amor como la hiena.

El *león*, al decir estas palabras, había elevado la entonación de la voz a un tono de escarnio brutal. Eugenia se había aproximado por el lado opuesto de la glorieta y había oído las últimas palabras. Inmóvil, enloquecida, la sangre se le había paralizado, todas sus facultades estaban abocadas a una sola idea.

—Mi amor — dijo la marquesa — no puede ser dado sino con mi nombre y mi fortuna… lo acepta?…

L *** estuvo a punto de perderse, de exhalar uno de aquellos gritos de triunfo que el cazador suelta en el desierto cuando ve expirar en el área al tigre o al puma heridos por sus armas. El instinto de la diplomacia no lo abandonó: respondió con voz sumisa y triste:

—No es eso lo que ambiciono… Basta saberme amado para ser feliz: y la amo y nunca amé a otra con tanta pasión y con tanto entusiasmo.

Eugenia se sintió atravesada por cada una de aquellas palabras. Elevada hasta las altas regiones del amor, tenía que despeñarse hasta los más profundos abismos del desprecio.

Se vio acometida por uno de esos dolores inmensos que apresan la vida y nos aproximan a la tumba. Sus cándidas aspiraciones, los tesoros de su ternura, todo cuanto pudo exaltar y engrandecer el alma de un hombre habían servido apenas para satisfacer su vanidad y encender los deseos de los celos en el corazón de otra mujer.

Antes de la reacción grandiosa del orgullo, su alma no pudo resistir aquel golpe; cayó

desmayada y semimuerta.

Los dos recién comprometidos se sobresaltaron con el ruido de su caída. La vieron al mismo tiempo y la vieron bañada en sangre, con las mejillas mortecinas y pálidas, como si el dedo de la muerte le hubiera ya marcado el final de la vida.

—¡Pobre de ella! ¡Oyó todo!… —dijo la marquesa, sintiendo palpitar de nuevo en el corazón toda la sensibilidad de la mujer.

—Un nuevo bautismo la entregará santa y pura en los brazos de su marido —dijo el *león* con una risa feroz. —¡El agua lava la sangre y da vida!

La sociedad tal vez absuelva a ese hombre al oírlo: y sin embargo era más criminal que el salteador que despoja a la víctima en el camino y se guarda el oro teñido de sangre.

---

1. "Auri sacra fames": frase de Virgilio (*La Eneida*, l. III, v. 57), que se puede traducir por "maldita hambre de oro".
2. "saudade": "nostalgia".
3. "Don Juan V": llamado el Magnánimo, gobernó Portugal entre 1706 y 1750.

VIII - Conclusión

*Carta del conde de *** a su amigo R ***.*

Sé que no puedo sobrevivir a este golpe. Cuando en la vida muere la esperanza, la muerte está próxima y el sepulcro abierto.

¿Qué quieres?… Pesaba sobre mí la mano tremenda de la fatalidad. Estaba escrito en los cielos que yo dejara la vida sin que viviese una hora en los brazos de una mujer devorada del amor que yo sentía, que creyese como yo en la eternidad de los juramentos que se profieren cuando el corazón ansía la felicidad.

La vi expirar como a la flor azotada por la tempestad y que ni el sol ni las brisas de la primavera pueden hacer renacer a la vida.

Fue de noche que me la trajeron casi moribunda. No era la ausencia de la vida animal ni una de esas modificaciones tremendas que produce la enfermedad las que la llevaron a la tumba. Le habían herido el alma y esas organizaciones angélicas o mueren para la vida o nacen para el mal.

Había creído, había deseado, como yo, un amor delirante y apasionado, inmenso, y no pudo coger en los labios de su amante una de esas palabras que engañan el corazón y que alimentan la esperanza. Supe todo, vi todo. Los sueños de su alma tuvo la crueldad de repetírmelos en los delirios de fiebre. Viejo yo, desencantado de ilusiones, no le podía contentar aquella vasta ambición. ¡Oh! ¡Tuve entonces la blasfemia en los labios para acusar esa providencia madrastra que me había hecho gastar la energía de mi alma para no verterla toda entera dentro de aquella que yo había sabido que solamente podría comprenderme!

Estar tan cerca de la felicidad y tener que regar con lágrimas el sepulcro de mi esperanza…

Estaba pálida, con los cabellos caídos, vestida de blanco, con esa sonrisa que parece entrever el cielo ya que es la última despedida del mundo; me tomó del brazo y me miró con una mirada brillante pero vaga: “¡Adiós! Me voy al cielo; ¡allá es donde se ama, donde se ama siempre, donde no se cansa el corazón de amar!” Y después no hizo más ningún gesto, no dijo ni una palabra más, se adormeció en el reposo eterno, rica con esa esperanza, ¡anteviendo la felicidad que le había negado esta sociedad infame! Murió; ¿qué importa que el cielo sea la nada?… Murió con todas sus ilusiones, con toda la vivacidad de los deseos infinitos, con toda la fe pura y sincera de las almas engrandecidas por el sufrimiento… ¡Y no conoció el remordimiento!… Había perdido la razón que tal vez hubiera venido a reanimar alguna duda punzante y sellar en el seno de la muerte su último, el más horrible tormento!…

Y después, ¿sabes tú lo que es que un hombre repita a su corazón: es mi último amor?… ¿Ver expirar en sus brazos la única mujer que le había mostrado de lejos los anchos horizontes de la pasión moral?…Recuerdas el bello drama de Dumas — Ángela [1] — ese Enrique Muller devorado por una molestia cruel, que abate de cólera los arbustos que se levantan debajo de los pies, llenos de vigor y de vida?…¡Cuánto le envidio la suerte! ¡Oh! es bello, es sublime que el hombre se despida de la vida sintiendo todas sus facultades apasionadas palpitarle dentro del pecho… ¡Pero la tisis moral!… ¡pero que un hombre tenga que envidiar la rama seca que se despedaza al soplo de la tempestad, la flor mimosa que se deshoja con las caricias de la brisa!… ¡un hombre tiene que golpearse el pecho para decir: aquí no vive sino el sufrimiento, no reverdece ni una ilusión ni una esperanza!… ¡ni vive aquí una saudade pura, ingenua, ni un recuerdo virgen de aquella a la que amé! …

¡No me entendió y podía entenderme!… ¡Loca!… que quiso encontrar en el mundo lo que sólo Dios concede a las existencias solitarias, ¡a los hombres que, como Fausto, descreen de comprender a Dios con el espíritu e intentan elevarse al él con el corazón!…[2] ¿Por qué me hice de mármol frente a ella?… ¿Qué loco orgullo me tomó en los labios todo lo que sentía, que me abrasaba el corazón, que me hacía delirar la inteligencia?…

¡Todavía recuerdo el día en que ella, sintiéndose culpable, quiso abrir para mí su corazón!… ¿Culpable de qué?… Felizmente su túmulo permaneció inocente como su alma… Culpable fui yo, que me concentré en el egoísmo de mi dolor y que no tuve coraje para acometer la lucha… ¿Qué podría ella amar en mí?… ¿Cómo podría yo realizar todos los sueños abrasadores de su fantasía?

¡No creas en la prudencia de los viejos que nos es más que una cobardía del espíritu! ¡Yo fui su asesino porque la abandoné sola en medio del mundo y no pude al menos apartarla de un hombre indigno de ella que la sacrificó en el culto bárbaro de esta época corrupta — a algunos puñados de oro, al sonido sonoro de un nombre insignificante!

¡Oh sociedad cobarde! ¡Cúbrelos de laureles, enguirnáldales las frentes de coronas viciosas! ¡Nada falta a su triunfo — ni las víctimas que los triunfadores romanos llevaron detrás de ellos al capitolio!

¿Y no poder vengarme?… ¡Sería un ultraje a su memoria, sería lanzar la infamia sobre aquella tumba todavía caliente de su sangre! ¡Justicia divina, no sé si eres grande en el cielo pero eres estéril en la tierra! A estas horas, esos dos entes tal vez cubran de lodo con las ruedas de los carruajes a los infelices que pasan: a estas horas habrá quien envidie la suerte de la marquesa, habrá quien codicie la opulencia miserable del *león*. Y no los persigue el remordimiento: el remordimiento sólo lo saben sentir las almas elevadas, aquellas que, como los ángeles caídos, aún tienen restos de grandeza en su decadencia y en su abyección. ¡Ellos — ¡pobrecitos! —embriagados por los vanos homenajes del mundo, quién sabe si, en este momento, emplean el tiempo en combinar los detalles de una fiesta y cansan la imaginación para ver de qué modo pueden sobresalir mejor en las portezuelas del carruaje los colores de su balsón!… Don atroz es el del talento porque sólo él el que gime, el que sufre en el

mundo: a los hambrientos del banquete social les bastan algunas migajas para no revolotear, como las harpías, dentro de la sala del festín!

¡Ahora reza por mí, tú, que aún puedes orar! Ni la ambición ni la gloria me invitan a una nueva lucha; perdí toda esperanza; mi último suspiro habrá de exhalarse cerca de mi último amor.

FIN

---

1. "*Ángela*": drama de Alejandro Dumas estrenado en 1833. Pone en escena el conflicto entre Ángela, una joven de quince años que se enamora y se entrega a un noble arruinado que sólo busca por su intermedio recuperar sus antiguos privilegios. El sufrimiento de Ángela y su honor son reparados por la intervención heroica de Henry Muller, un médico enamorado de la joven.
2. Alude al Fausto de Goethe.